

sus espontáneas dotes. Tan espontáneas eran, que el discípulo se asimiló bien pronto el estilo del maestro. Preocupado Ferrant por este hecho, que consideraba nocivo y perjudicial para su aventajado discípulo, tuvo el desprendimiento honroso y poco común de aconsejarle que se separara de él, y que se fuera a Valencia a estudiar con Pinazo, con lo que lograría recobrar lo más estimable en un artista: su propia personalidad.

Hizolo así, en efecto, el joven principiante, y en Valencia, al lado de aquel insigne maestro, completó esa enseñanza intermedia que va de las aulas de la Academia al taller.

Carácter apocado y excesivamente modesto, se ensayó en algunas telas que guardaba en su estudio, pasando tan desapercibida su labor, que



ESTUDIO.

muchos de sus amigos ignoraban que se dedicara al arte. Transcurría el tiempo y el novel artista no salía de sus estudios y sus ensayos, hasta que su buen padre, cansado de aquel eterno vacilar en inconcluyentes escarceos sin eco ni resonancia alguna, le hizo encontrar inopinadamente una gran tela en su taller.

—¿Qué es esto?—preguntó el joven, asombrado.

—Pues que te he traído esta tela para que pintes un cuadro.

El cuadro fué *A la guerra*, que había de abrirle las puertas de la celebridad.

Su desconfianza era tan grande al enviarlo a Madrid, que temió no sería aceptado siquiera. Se hubiera contentado con una tercera medalla, y ganó una primera. Verdadero inconsciente de su valer, no supo estimar su trabajo hasta que se lo aquilataron los demás.

No le deslumbró la fácil victoria, antes al contrario, comprendiendo el grave peso que había caído sobre sus hombros, se aprestó a trabajar en su segundo cuadro, *De la guerra*, en el que amontonó y venció mayores dificultades. Ya hemos visto cuál fué su éxito, y cómo París *desfizó el entuerto* del Jurado nacional.

En 1898, con un fragmento-estudio del mismo cuadro, obtuvo en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona consideración de primera medalla.

No desalentado por el revés sufrido en Madrid, quiso trabajar por el desquite, enviando un conjunto de telas que demostraban su versatilidad; pero contrariedades y acontecimientos de género íntimo malograron su primera intención, limitándose a enviar a Madrid, en la Exposición de 1901, su cuadro *¡Pobres madres!* que le valió consideración de primera medalla, título que suele otorgarse cuando es corto el número reglamentario de éstas.

Dedicado a la enseñanza desde 1899, ha ido ganando sucesivamente, por concurso de méritos, las plazas de auxiliar de la Academia de Bellas Artes de Valencia, la de profesor de la de Cádiz en 1902 y la de igual clase de la Escuela de Artes e Industrias de Barcelona en 1903, entre treinta y ocho concurrentes.

Hace poco más de un año que permanece en esta ciudad, encerrado en su modestia, como el caracol en su concha. El natural zarandeo de estos continuos traslados ha interrumpido momentáneamente su labor; el arte necesita de quietud y estabilidad para manifestarse en toda su pureza.

Hoy que esa estabilidad es completa, tenemos derecho a esperar del talento de Pla y Rubio la continuación de su triunfadora historia, y a que no se malogren en la holgada somnolencia de una cátedra las esperanzas que hizo concebir al aparecer como estrella de primera magnitud en el cielo del arte.

FRANCISCO CASANOVAS

## TERCETO DE SERAFINES

**S**ALONCITO elegantemente amueblado. Sillas doradas; butaquitas forradas de sedas japonesas de claros matices. En las paredes algunas acuarelas. Sobre un velador de laca varios álbums y chucherías. A un lado un Pleyel de media cola. Perezosamente arrellanadas y abanicándose, tres señoritas, ultra *chic*.

CONSUELO: alta, delgada, casi diáfana, rubia, pálida y realmente bonita, 19 años. Falda de seda gris, blusa de idem, azul apagado.

MERCEDES: bajita, pelinegra, algo regordeta y algo feita, pero petulante y graciosa; bata de cachemira india, muy lisa, demasiado para una soltera, 20 años.

LOLA: ni alta ni baja; pero esbel-tísima; pelo rubio, *ceñdré*; rostro agraciado y sobre todo muy pintado. Blusa de raso crema; falda de idem negro, 22 años.

MERCEDES: ¿Pero en qué quedamos?... ¿Te gusta ó no te gusta?... ¿Lo tomas ó lo dejas?

LOLA. Pues ahí verás, hija... No sé qué hacer... Me cuesta mucho el decidirme, porque todos los hombres en general, y ese en particular, tienen su pro y su contra.

MERCEDES (*riendo*). El pro ya lo sabemos... Gustavo es buen mozo, guapo, rico y algo tonto: cualidades inmejorables para formar un buen marido; pero no es noble, no tiene ningún título que lucir ni que ofrecer á su señora, á la que debe serlo, y ahí está el contra: ¿verdad, Lola?

LOLA (*ligeramente turbada*). ¡Qué tontería!... Como si á mí me importase nada el que...

MERCEDES. ¿Que no te importa nada?... Vaya, mujer, no digas... Como si no supiéramos todas cuál es tu flaco. A unas las da por eso... á otras por lo otro... y á ti te ha dado por... la sangre azul. ¡Ea!... no

trates de negar: lo que tú querías es encontrar un marqués ó un conde, un barón, por lo menos; poder ostentar un escudo y una corona en tus tarjetas de visita, en tus pañuelos, en tus almohadas, en la portezuela del carruaje, y oírte llamar á todas horas señora marquesa ó señora condesa ó señora baronesa, por tu doncella, cocinera ó tu portero.

LOLA (*picada*). Y aun cuando así fuese ¿qué?... Búrlate cuanto te dé la gana; pero no me negarás que un título nobiliario es siempre decorativo y elegante... es muy *chic*...

MERCEDES (*desdenosa*). ¡Pche!... Eso, según y cómo. Si se quiere lucir un título pegado, vamos al decir, á un apellido histórico, ilustre, corriente. A mí me halagaría llamarme duquesa de Alba, pongo por caso, ó marquesa de Moncada, ó cosa por el estilo; pero para llamarme condesa de Casa Gedeón ó baronesa de Casa Pistras ó cualquier otro título de esa clase, como ahora se usa tanto... ¡vaya!... ¿qué quieres que te diga?... eso me huele á vulgar y á cursi y á «quiero y no puedo».

LOLA (*cada vez más picada*). Anda, hija, no te hagas la despreciativa y la dengosa. Puede que si un conde ó marqués te ofreciese su mano dirías que sí en seguidita, y muy contenta.

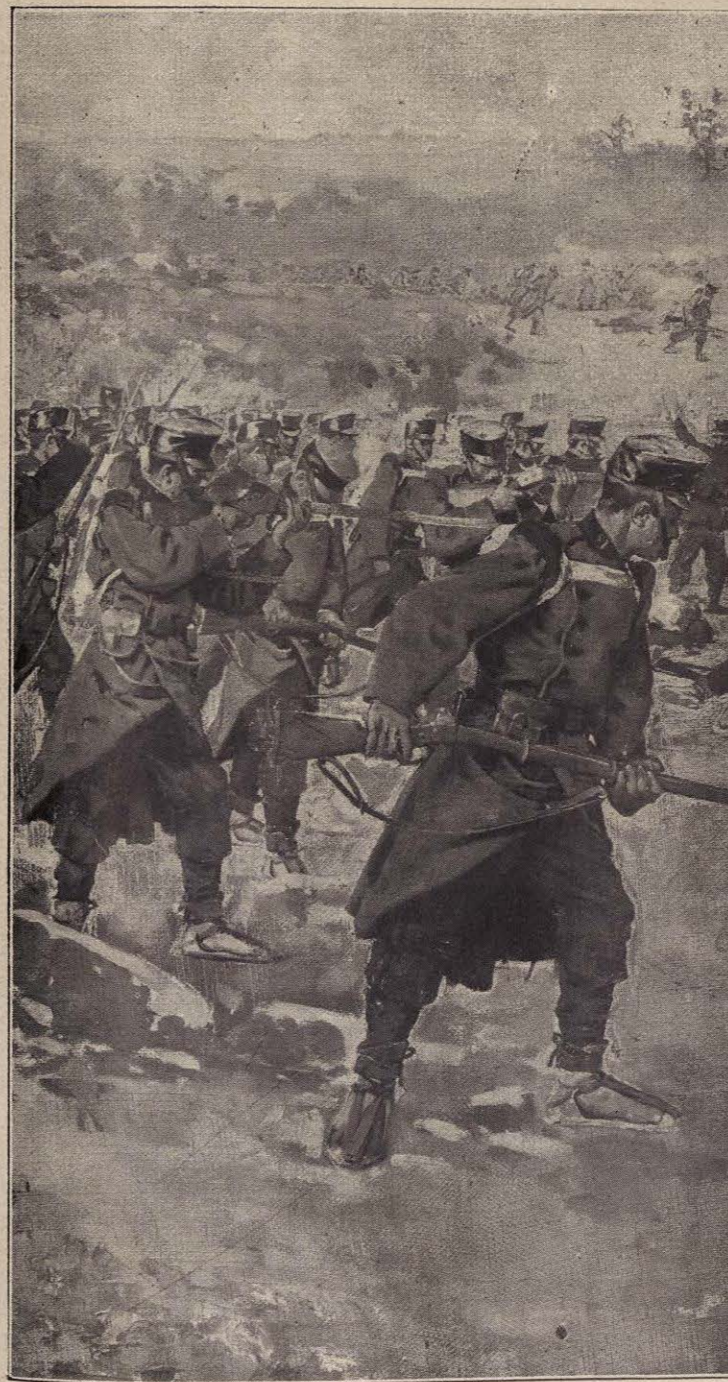
MERCEDES (*friamente*). Pues te equivocas de medio á medio. Y la prueba es que no hace todavía un año di unas calabazas de primera magnitud á todo un señor conde, y madreño por añadidura, que me hizo el honor de pretenderme. Sí, chica, sí, tal como lo oyes, y si te empeñas, te diré el nombre: un conde auténtico, cuyo título data del siglo pasado... Y no mal parecido él; más bien guapote y muy fino... eso sí, lo que es fino y distinguido, como el que más.

CONSUELO. ¿Y por qué le desechaste?... ¿Por ser noble? LOLA (*irónica*). ¡Pues, claro! Mercedes no apechuga con menos de un archiduque ó un gran revolucionario: no quiere tintas medias...

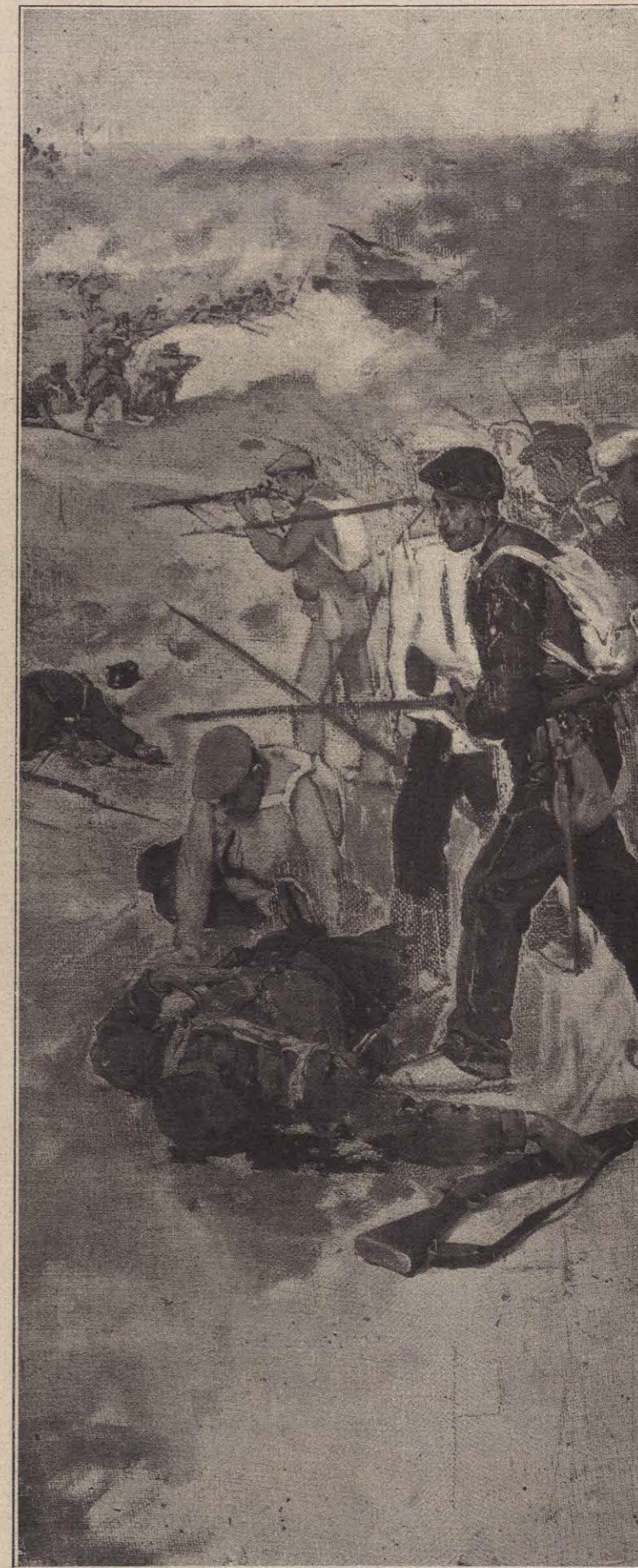
MERCEDES (*encogiéndose de hombros*). No digas tonterías. Si di calabacitas al condesito en cuestión, fué porque no me siento con abnegación suficiente para realizar señoríos tronados con mi dinero, ni para mantener golfos aristocráticos ¿entiendes?... No quiero que el millón de pesetas que mi papá dará á su única hija y heredera, el día que la case, sirva para sacar de apuros á un tipejo acostumbrado á pasear sus pergaminos y su ociosidad por todas partes y que aún se figuraría dispensarme un gran honor casándose con una plebeya como yo.

LOLA. Comprendo... Lo que tú buscas es dinero: más dinero aún del que tienes; necesitas un ricachón que doble tus rentas, ¿no es eso?

MERCEDES. Verás, hija... Yo no te diré que busque dinero, pero si el



ESTUDIO.



ESTUDIO.

pretendiente que se ofrezca me gusta y además de gustarme tiene patacones, no me haré la remilgada. El dinero no estorba nunca por mucho que haya.

LOLA (*con burla*). Ahora me explico por qué le haces tan buena cara á ese memo de Carlitos. No tiene nada de Adonis ¿verdad? Es pequeño, rechoncho, luce una fisonomía bobalicona. Además, me parece que tartamudea... sobre todo los días que llueve: ¿no has notado? Y lo que es como elegante... ¡hum!... una elegancia de hortera...

MERCEDES (*despechada*). Todo lo que quieras; pero feo, rechoncho, tartamudo y hortera y todo, el día que quiera casarse no tendrá más que decir: «esa quiero», y ya verás tú como no encuentra quien le diga que no.

LOLA. Pues yo se lo diría, y en redondo; así... ¿oyes?

MERCEDES. No tendrás ese trabajo.

LOLA. Ya lo sé; digo eso únicamente por lo que tú acabas de decir: que no encontraría quien le diese un nó. Y ahora que recuerdo (*con aire triunfante*) ¿sabes de quién llevó calabazas tu Carlitos?... de Pepa Sandoval.

MERCEDES (*nerviosa*). ¡De Pepa Sandoval!... ¡Qué tontería! ¿Qué más hubiese querido ella?... una chica cursi, sin una peseta...

LOLA. No exageres, mujer, no exageres... En primer lugar, de cursi no tiene nada, Pepita; es, por el contrario, muy distinguida, viste sencilla, pero divinamente... ya quisieran muchas tener su elegancia y su *chic*...





DE LAS MONTAÑAS DE TERUEL

Verdad que no es rica, pero tampoco es tan pobre como tú dices... Verás, hija: no puede todo el mundo aportar un dote de un millón... Y finalmente, Pepa es instruída, toca el piano como un ángel y es guapísima... pero guapísima.

MERCEDES (*secamente*). No lo encuentro; eso es cuestión de gustos.  
LOLA (*con retintín*). Eso; cuestión de gustos... Y á ese Carlitos parece que le gustaba extraordinariamente Pepa. Tanto, que se le declaró y recibió unas calabacitas... como las que tú diste á ese condesito de que me hablabas.

MERCEDES. Pues, hija, me permitirás que ponga eso en duda. Será un infundio de Pepa para darse pisto; porque créeme: no se da así, sin más ni menos, por una chica tronada como la Sandoval, calabazas á un chico tan rico como Carlitos: ¿sabes tú el dinero que tiene su padre?

LOLA... Si ya sé... no hay como robar al Estado, haciendo grandes chanchullos y estafar á los particulares prestando al 60 por 100, para enriquecerse; pero ahí verás, chica, no todo el mundo se deja tentar por la riqueza, cuando es mal adquirida y menos si para conquistarla hay que apachugar con un tipo tan cargante como ese Carlitos. Hay epidermis más sensibles las unas que las otras, querida...

MERCEDES (*irguiéndose*). ¿Qué quieres decir con eso?  
LOLA. Nada más que lo que digo... Y no sé por qué te sulfuras, la verdad...

MERCEDES. Es que tú gastas un tono y un retintín que no me gusta ¿sabes?

LOLA. Quitá, mujer; qué he de gastar yo retintín... No sé por qué te imaginas siempre cosas que no son.

MERCEDES. ¡Ya!... como si no te conociera... tienes tú más mala intención que un Miura.

CONSUELO. Vaya, chicas, no enfadarse: no vale la pena... Con vuestras eternas escaramuzas no me dejáis meter baza y... (*pacilando*) sin embargo, tengo que comunicaros la gran noticia.

MERCEDES y LOLA (*curiosamente*). ¡Hola!... ¿qué hay?... ¿qué pasa?

CONSUELO (*como avergonzada*). Pues hay... hay, que me caso.

MERCEDES. ¡Tú!

LOLA. ¿Te casas?... ¿de veras?

CONSUELO. Y tan de veras: dentro de un mes.

MERCEDES. Con Fernandito ¿eh?

CONSUELO (*suspirando*). No hija, no... es con otro. A ver si adivináis... (*tras una pausa*). De fijo que no daríais aunque reflexionáseis toda la tarde. Voy á decirlo. Me caso... me caso... con Don Pelayo de la Cítara.

MERCEDES (*brincando*). ¡Cómo! ¡con ese estafermo!

LOLA (*estupefacta*). ¡Con ese vegetorio!... ¡Pero si te lleva cuarenta años!

CONSUELO (*echando otro suspiro*). ¡Qué queréis, hijas!... la necesidad



FRUTOS DEL JARDIN DE ESPAÑA

no tiene ley, como dicen. Yo no soy mía, como vosotras. Mi padre ha ganado y gana muchísimo dinero, pero en casa no se ahorrado un céntimo. Me ha acostumbrado al lujo, á la gran vida, pero no ha puesto de lado ningún capitalito con que dotarme. ¡Ya se ve! tiene tantas obligaciones á que atender... ¡cinco hijas!... y... ¡tantos vicios!... En fin, que amedrentada ante el porvenir que podía esperarme, quiero tomar mis precauciones y me quedo con Don Pelayo, que no es joven... ¡sesenta primaveras! ni bonito, ni *chic*, pero bueno como el pan y rico.

MERCEDES. ¡Y tan rico!... Papá dice que posee más de seiscientos mil duros. Hija, te felicito: haces un buen negocio.

CONSUELO. Ya lo has dicho: un buen negocio. Por de pronto me reconoce cien mil dures. Ya es algo.

MERCEDES. Y más tarde, si tienes maña, te dejará cuanto tiene. Y que no tendrás que esperar mucho, me parece. Ese hombre ha de tener algo crónico...

CONSUELO. Sí: una bronquitis; creo que pasaremos la luna de miel en Panticosa.

LOLA. Dime y ¿Fernandito?

CONSUELO. Pues hija, tendrá que resignarse... como yo.

MERCEDES (*riendo*). Eso... que se resigne y... que espere.

CONSUELO (*ruborizada*). ¿Que espere?... y ¿qué?

MERCEDES. Pues, claro; que espere que seas viuda y libre y millonaria. Cuestión de cinco ó seis años, á todo tirar. Y Don Pelayo, que es hombre discreto, comprenderá la necesidad de eclipsarse á tiempo.

JUAN BUSCÓN

## DOS AMORES

HABÍAN nacido el uno para el otro, según aseguraban cuantos amigos de ambos estaban enterados de sus relaciones. Harían una linda pareja, al decir de las amigas. Y no era posible tachar de erróneas ni de lisonjeras tales afirmaciones, porque si Consuelo era una mujer preciosa, de rubia cabellera y soñadores ojos de purísimo azul, era Miguel un buen mozo cuyas negras pupilas despedían chispas y cuyo rizado cabello tenía el color y los brillantes reflejos del azabache.